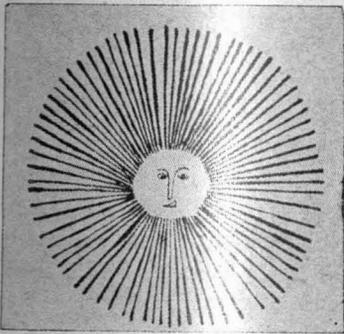


## LIBROS

## PSICOANÁLISIS ABIERTO A LA DUDA

Igor A. Caruso, *Psicoanálisis para la persona*, Seix-Barral, Barcelona, 1965, 241 pp.

Cuando en 1954 apareció en traducción española el primer libro de Caruso, *Análisis psíquico y sintesis existencial*, causó verdadera sensación en amplios círculos espirituales. La obra representaba un ensayo de apertura del psicoanálisis al mundo de los valores trascendentes, y de superación del positivismo científico de los primeros tiempos apoyado en un existencialismo cristiano que traducía las heridas y las esperanzas de la postguerra. Aquel libro sirvió para acortar distancias entre el pensamiento católico y el psicoanálisis; pero también sirvió para catalogar a Caruso como un espiritualista, "heterodoxo en psicoanálisis" por fidelidad a una "ortodoxia" religiosa. Algunos incluso (Dieter Wyss y Martín-Santos, p. ej.) le emparejaron con Viktor Frankl, de orientación adversa al psicoanálisis, para enjuiciar en su conjunto a una supuesta "escuela de Viena".



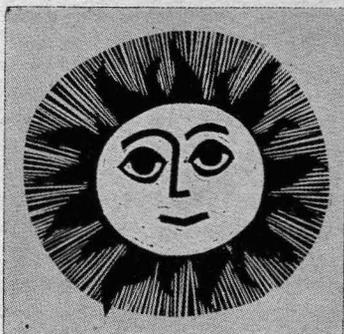
De entonces acá ha llovido mucho. Caruso ha experimentado una evolución muy honda y enriquecedora. Sin renegar de sus orígenes cristianos, sus preocupaciones se han ido desplazando de la trascendencia a la immanencia: el centro de sus investigaciones ya no es el hombre en una relación vertical con la divinidad, sino como término (¿provisional?) de la evolución y como sujeto de la historia. Caruso no es un revisionista del freudismo ni ha inventado ningún nuevo sistema. Su fidelidad al espíritu de Freud le ha liberado de la servidumbre de la letra. Lo caduco en el biologismo freudiano era su instrumentación científica decimonónica; pero sus intuiciones fundamentales pueden mantenerse dentro de las perspectivas evolucionistas de un Teilhard y en continuidad con esa nueva y fecunda rama de la biología que es la Etología (estudio del comportamiento animal comparado).

Tampoco el pretendido individualismo freudiano es otra cosa que un prejuicio epocal que no invalida el alcance social de los más revolucionarios descubrimientos psicoanalíticos. Freud llegó a afirmar que toda psicología es, en

última instancia, psicología social, porque en todo acto humano están siempre presentes (como objeto de amor, odio, temor, etcétera) los otros hombres. Caruso ha demostrado que la *praxis* psicoanalítica es en substancia idéntica a la *praxis* social anunciada por Marx como tarea de la filosofía futura: modificación de la conciencia por el mundo y del mundo por la conciencia, en interacción dialéctica dentro del devenir histórico social. De ahí que haya visto en la situación psicoanalítica un modelo de *praxis* microsociedad y en la antropología psicoanalítica un personalismo dialéctico.

Un testimonio vivo de esta evolución es el libro, recientemente aparecido en versión castellana, *Psicoanálisis para la persona*, que reúne artículos publicados originalmente en francés desde 1952 a 1962. Lo componen ocho ensayos que llevan los siguientes títulos: Símbolo y realidad.—La persona y el símbolo.—Un análisis de la opacidad.—Un mundo ambivalente.—Reificación de la sexualidad.—Moral y alienación.—¿Es social el psicoanálisis?— Psicoanálisis y religión.— Sigue una extensa serie de notas que actualizan y amplían las consideraciones expuestas en el texto.

El autor reconoce, con un valor que no deja de impresionar a quien conoce el narcisismo profesional de los intelectuales, el carácter provisional y hasta parcialmente contradictorio de estos ensayos. La lectura del capítulo II, dedicado a confrontar el simbolismo psicoanalítico con la *gnosis* cristiana de los primeros siglos, y del capítulo VII, en que trata de operar una integración recíproca de las perspectivas marxista y psicoanalítica, dan pruebas del camino transcurrido entre 1957 y 1961 y del desplazamiento de perspectivas e intereses operado. Pero es este testimonio de evolución personal siempre abierta al diálogo y a la autocritica uno de los mayores valores de este libro. En él se encuentran además formulaciones de una nitidez poco habitual sobre las relaciones entre la compulsión a la



repetición y el aprendizaje, sobre la ambigüedad de la moral, sobre la reificación de la sexualidad en las perversiones y sobre las mistificaciones de ciertos espiritualismos de corte religioso. Por último, señalemos la penetración y la valentía con que Caruso ha delimitado la tarea del psicoanálisis respecto a la *praxis* social frente los intentos de aislarla totalmente del acontecer socioeconómico o de convertirla en un ersatz de la auténtica acción político-social. "Tal vez podamos esperar que el psicoanálisis pueda

tomar conciencia de su función social por la crítica del destino familiar, crítica que oculta bajo un vocabulario pseudobiológico y mecanicista. Ello no quiere decir que recalcemos en el error de los que quieren construir una nueva sociedad (o conservar la antigua) por el psicoanálisis. Simplemente queremos decir que el psicoanálisis se dirige a los hombres y les llama a elegir su actitud social mediante la toma de conciencia de lo que no han escogido voluntariamente."

ARMANDO SUÁREZ.

## UTILIDAD DE LAS CRÓNICAS

Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, *Relaciones Originales de Chalco Amaquemecan*, Paleografía, traducción del náhuatl e introducción por S. Rendón, Prefacio de Angel Ma. Garibay K., Fondo de Cultura Económica, México, 1965, 368 pp.

En días despejados pueden contemplarse desde la ciudad de México los montes Iztaccíhuatl y Popocatepetl, sempiternas atalayas de la capital y testigos mudos de glorias pasadas y de tristes momentos del mal llamado Valle de México. A los pies, casi, de esas "sierras nevadas", en el Estado de México, encuentra el turista —nota bullanguera que a diario punza la típica placidez de ese paisaje— diversos poblados con nombres en náhuatl: entre ellos figuran Chalco y, un poco a la distancia, Amaquemecan (hoy, Amecameca). Por una ironía del destino, el primero de esos pueblos es hoy más conocido por sus productos lácteos y el excelente maíz de la región, que por la recia cultura que allí tuvo asiento mucho antes de que la gran Tenochtitlan empezara a existir siquiera.

La importancia particular que en otros tiempos adquirió esta provincia —que en lo civil dependía de la Alcaldía Mayor del propio Chalco, y en lo eclesiástico, del Arzobispado de México— se desprende de sólo considerar las fronteras de su alcance geográfico: ya en el siglo XIII, en efecto, llegaban aquéllas a sitios tan relativamente distantes que hoy, con otros nombres algunos, quedan en los Estados de Guerrero, Michoacán, Morelos, Puebla y Oaxaca, aparte del mismo Estado de México; además, recibía tributo de una parte del Estado de Hidalgo. En lo que a las cercanías de la capital se refiere, dichos confines llegaban a Xochimilco, cercanías de Tezcoco, Cerro de la Estrella y aun a Churubusco, elegante "colonia" capitalina de hoy.

El libro que nos da pie para esta nota no es de prestancia física impresionante; cobija, empero, un riquísimo contenido histórico, con no menos datos de geografía y con abundante copia de información para los estudiosos de la etnografía, la religión indígena, la organización del gobierno nativo, la estructura de la antigua sociedad y, en fin, para los especialistas en otros cam-

pos anexos. Y es que estas Relaciones Originales constituyen una "historia verdadera de las casas y familias de la provincia" de que venimos hablando. Tal historia fue preparada prácticamente por orden del primer virrey de la Nueva España, don Antonio de Mendoza, que a la sazón necesitaba documentación fidedigna en qué apoyar la concesión de cargos y privilegios a los nobles de la raza sojuzgada por la bota española.

Cuando en 1620 don Domingo Francisco Chimalpahin (1579-c. 1660) inició la tarea de escribir la obra, de "pintar sobre el papel" —decía él—, habían transcurrido setenta y tres años de venirse recopilando informaciones (casi como tomando notas, diríamos ahora) para ese objeto. El encargo había recaído originalmente, sin embargo, en otra persona versada en las cosas antiguas, el juez de Amaquemecan (cuna, casualmente, de Cuauhtlehuanitzin): don Andrés de San Xuchitotzin, quien en 1549 hizo la primera de varias certificaciones legales del material para entonces acumulado. Resulta revelador que Chimalpahin, el autor en definitiva (no obstante que —como se descubre ahora— fue, más bien, el coordinador e intérprete de los datos), haya tenido muchos asistentes o "informantes". Se ignora el porqué del cambio de autoría, pero es de suponerse que en ello pesó el que don Domingo Cuauhtlehuanitzin había sido educado al modo occidental, precisamente en el convento de San Antonio Abad de México. Era, además, de la alta clase indí-





gena y a ésta alude fundamentalmente en sus relatos: "ésta no es, antropológicamente hablando —dice Silvia Rendón—, la historia de un pueblo, sino sólo la historia de una clase privilegiada... Clase educada, exquisita, y en el poder." Parece que Chimalpahin, por otra parte, tenía inclinación natural para la historia. Lo que no ofrece duda es que estaba muy al tanto de las cosas y sucesos de su país y que en muchas ocasiones pudo hablar largamente con los ancianos de las familias conocedoras de las tradiciones. Se sabe, también, que de su pueblo nativo, lo mismo que por su suegro. Pero tan importante como las causas de su impulso es el hecho de que don Francisco Muñón tenía ya 41 años y era hombre de intelecto maduro cuando empezó a revisar, cotejar, seleccionar, interpretar y re-escribir, en lengua mexicana culta, las célebres Relaciones que le darían tanta fama en la posteridad.

Los documentos forman ocho unidades y se han conocido bajo variados nombres ("Relaciones de Chimalpahin" y "Crónicas de Chalco" han gozado de algún favor), aplicados algunos a determinados documentos, otros al conjunto. Ahora bien, no se conoce el paradero de aquellos códices y otros papeles que fueron básicos al señor Cuauhtlehuaciztli; tampoco se sabe, con certeza, dónde están los propios originales del compilador final. La antropóloga S. Rendón, en su sólida, extensa y documentada Introducción al libro, asienta que dichos manuscritos los tuvo algún tiempo don Carlos de Sigüenza y Góngora —amigo de don Francisco de San Antón—; también explica que don José Mariano Beristáin y Souza, en su *Biblioteca Hispano Americana Septentrional*, menciona varios de esos trabajos que poseyó Sigüenza quien, a lo último, los dejó al Colegio de San Pedro y San Pablo (de los jesuitas), posible remanso de donde los copió, a su vez, aquel erudito italiano a quien ingratamente mucho debemos: don Lorenzo Boturini. Entre esos documentos chimalpahinianos aparece uno con el título de "Relaciones Originales de los Reynos de Acolhuacan, Megico y Otras Provinzias desde muy remotos tiempos" (éste contiene la historia chalco-amaquemecense) que, en opinión de S. Rendón, "hubiera sido deseable conservarlo para la presente edición, puesto que es el título tradicional...; pero he considerado —continúa— que... una exposición detallada resultante de la exégesis

del manuscrito es preferible". Y en seguida se extiende esta investigadora, con sorprendente soltura y dominio temático, en esa exégesis, imprescindible para situar debidamente las Relaciones en el contexto histórico mesoamericano, y en la que hace explicaciones maestras, como la que se refiere a la diferencia, muy importante por cierto, entre los "Reynos de Culhuacan" y los "de Aculhuacan".

Como quiera que aquellas copias hechas por Boturini las tiene en custodia la Biblioteca Nacional de París (menos las de la 6a. y 7a.), cuando don Francisco del Paso y Troncoso realizó su notable *misión* en los archivos europeos, que todos los eruditos en historia mexicana conocen, obtuvo reproducciones fotográficas que hoy guarda el Museo de las Calles de Reforma y La Milla.

Es dramáticamente curioso que este trabajo, siendo otro de los monumentos literarios de la Antigüedad de América, sea apenas conocido por unos cuantos especialistas nuestros. Podría imputarse tal desconocimiento al hecho de que en gran parte ha permanecido, hasta ahora, sin traducirse del náhuatl al español. Aquí hay que mencionar, por supuesto, que en 1889 fueron vertidas al francés la 6a. y 7a. Relaciones; en 1927 al alemán parte de la 7a. sola; en 1949 al español la 4a. (por S. Rendón), y en 1950 al alemán la 5a. Un año antes, además, habían sido reproducidas facsimilares las mencionadas copias de Boturini y publicados de nuevo los documentos 6o. y 7o. Estas versiones parciales, como se ve, son de distintas fechas, en diferentes idiomas y, desde luego, bajo variados títulos.

Es igualmente curioso, por no decir lamentable, que ahora cuando por primera vez el especialista de lengua castellana tiene casi todas estas fuentes en un solo tomo y complementadas con datos afines, las tantas veces mencionadas Relaciones estén, también en esta oportunidad, incompletas, pues por motivos que aquí no enumeramos, pero que la traductora indica al principio de la obra, faltan las unidades 1a. y 8a. Un inconveniente de esta naturaleza hace que dicha obra esté aún lejos de ser perfecta. La perfección, decían los sacerdotes mayas, es obra de los dioses; y, por otra parte, cada Relación trata casi el mismo tema: más bien varían las formas y las fuentes. Habrá que aspirar, no obstante, a aquella cuasi perfección, que podrá lograrse cuando se prolonguen las investigacio-



nes, se agreguen los dos documentos que faltan, se expurguen ésta y otras traducciones y, sobre todo, cuando se descubran los papeles verdaderamente originales. Pero entre tanto llega ese momento que por la obligada lentitud con que se culminan esta clase de estudios no parece que esté a la puerta, el libro que ahora ha publicado el Fondo de Cultura Económica en la Serie de Literatura Indígena de su Biblioteca Americana es lo mejor que podría esperarse dadas todas las circunstancias. No es el resultado, digámoslo bien, ni de un proyecto momentáneo ni de una labor a las volandas: la autora de la paleografía y de los apéndices trabajó en esto varios años (con intermitencias), principalmente en las unidades 2a., 3a., 4a. y 5a. Usó para ello las copias de Del Paso y Troncoso, pues el camino en este campo para las 6a. y 7a. estaba ya bastante andado por don Remi Simeón. También trabajó la autora de la Introducción con materiales de la Biblioteca de París que no eran precisamente los de Boturini.

Por lo que a la traducción misma respecta no sería para asombrarse que hubiera abundante crítica por parte de los pocos nahuatlatoles que en el mundo son. Ya advierte el Dr. Ángel Ma. Garibay K., autor del Prefacio: "Cabrán reticencias en algunos puntos, pero en general es

de utilidad y casi indispensable, ya que no hay otras maneras de conocer a Chimalpahin en español, fiel y exactamente traducido." Y la misma Sra. Rendón oportunamente aclara: "ésta no es una traducción gramatical, sino que he tratado preferentemente de encontrar una versión a la idea del autor... más bien que ofrecer una traducción mecánica de las formas sintácticas que presenta el texto". Y esto, es decir la idea, es lo que más importa, salvo para el antropólogo lingüista.

Errores de escritura en los textos, además, así como faltas de copia en los mismos y subjetivismo en la interpretación general pueden atribuirse, de todos modos, a muchas otras mentes y manos; pues tan rico venero como éste, del que seguramente se beneficiarán mil estudiosos, es producto también de mil honestas intervenciones a través de muchos siglos: desde los ancianos que desde antes de la invasión europea venían repitiendo las tradiciones y los que ya en el siglo XVI se empeñaron con afán en reunir datos históricos de la Antigüedad hasta los correctores de pruebas y otros anónimos colaboradores que se aunaron para hacer el presente de estas *Relaciones Originales de Chalco Amaquemecan*.

LAURO JOSÉ ZAVALA

## TESTIMONIO HISTÓRICO

Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, Estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina, Editorial Porrúa, S. A., 1966 ("Sepan Cuentos" número 39). CLXXX+696 pp. +mapas e ilustraciones.

Es obvio que el *Ensayo* de Humboldt no necesita presentación, ya que, siendo tan frecuentemente citado y tan alabado, aun cuando poco leído, se tiene una idea general acerca de él. Sin embargo, vale señalar la presente edición que significa un verdadero acontecimiento editorial y académico, primero, por ser la primera que pone el *Ensayo* al alcance del gran público, y segundo, por ser la primera edición crítica en español que reúne condiciones que incluso pueden convertirla en modelo.

El doctor Ortega y Medina ha realizado, efectivamente, un trabajo muy acabado: estudio preliminar (53 pp.), que nos introduce adecuadamente al autor, su obra y su tiempo; una cronología humboldtiana; las fuentes hispánicas citadas por Humboldt; un cuadro de equivalencias (monedas, pesas y medidas); una Bibliografía de libros sobre Humboldt y ediciones de las obras de Humboldt; un cuadro de gobernantes de la Nueva España, así como innumerables y eruditas notas que complementan el texto y un índice analítico y onomástico. De estos empeños eruditos, aplaudimos especialmente, además del índice, el que constituye el Anexo I, "Cronología humboldtiana". Se

trata de una doble tabla de datos que coloca los de la vida de Humboldt frente a datos de historia general tomados de las *Tablas* de De Babini. Como resultado, podemos seguir la trayectoria del autor desde el año de su nacimiento (por referencia de las *Tablas* nos enteramos que es el mismo en que nacen Napoleón y Wellington), teniendo presentes hechos que, por sernos más familiares, nos permiten seguirlo en el tiempo, en relación a éstos. Dado que los datos de las *Tablas* no se reducen sólo a referencias político-militares, sino que mencionan la publicación de libros, algunas invenciones, la inauguración de instituciones importantes, etcétera, extendiéndose los datos a los sucesos mexicanos, nos obligan a reunir en una visión orgánica, datos que comúnmente recordamos dispersos, de manera más cercana a como sucedieron; al mismo tiempo.

El estudio preliminar es en sí mismo una valiosa contribución. Ortega y Medina hace esfuerzos por comunicar una visión humana de Humboldt que, bajado del pedestal al que le ha subido la tradición mexicana, pueda ser visto con sus grandezas, pero también con sus miserias. Acostumbrados a las apo-